

Câmara Dantas, Pedro Luiz, *O vaticano do deserto: história da Igreja Católica Palmariana*. Belém/PA, RFB, 2021, 144 pp. ISBN: 978-65-5889-104-8.

Se dice que las ciencias sociales se encuentran actualmente en un «giro material»: una revalorización de la cultura material como complemento o desafío al análisis discursivo. Sólo puedo confirmar que el segundo trabajo académico sobre la Iglesia palmariana (y primero en portugués) muestra un gran interés por objetos y espacios. Si Magnus Lundberg, en su estudio pionero, se centraba en la historiografía (multi) eclesial, Pedro Câmara, en *O Vaticano do deserto*, investiga los materiales de la Iglesia palmariana, que son vastos.

La historia comenzó, como tantas otras, con cuatro niñas que vieron a la Virgen María. A partir de 1968, la finca de las apariciones, en el pueblo de El Palmar de Troya (Sevilla), conocerá una alta concentración de videntes, entre ellos el joven sevillano Clemente Domínguez Gómez, que terminará ganando suficiente influencia como para comprar el terreno y recibir la ordenación de un controvertido arzobispo vietnamita en 1975. A la muerte de Pablo VI en 1978, Clemente Domínguez será divinamente instituido como nuevo pontífice de la Iglesia, en adelante «católica palmariana» y sita en El Palmar de Troya: Roma y el Vaticano pasan a ser «precursores del Anticristo». En su día de gloria, la feligresía palmariana abarcaba cinco continentes, desde Nigeria a Canadá o Filipinas, aunque hoy se mueven más por Irlanda, Alemania o España.

*O Vaticano do deserto* es un volumen profusamente ilustrado, con fotos difíciles de encontrar. Su aparato teórico está esparcido por el libro en forma de citas de autores relevantes asociadas a diversos puntos de la exposición, en una suerte de doble espacio analítico. Comienza abordando la situación del pueblo, con un catolicismo a medio gas que no hacía presagiar el repentino fenómeno aparicionista (p. 15). Se analiza la historia espiritual de dicho fenómeno como un conjunto de «narrativas», más que de hechos (p. 14), sin por ello olvidar los muchos testimonios de videntes que «se manifestavam de maneira bastante chamativa no terreno das aparições palmarianas» (p. 20). Perspicaz, Câmara nota que, a diferencia de otros videntes, Clemente Domínguez no empieza encontrándose con la Virgen, sino con otras figuras (Santo Domingo, el Padre Pío), de hecho más «politizables», que llaman a una organización paraeclesial (p. 23), como la que finalmente liderará él a partir de 1975.

La segunda parte de la obra presta atención a la cultura litúrgica, visual y artística de esta religión. Se examina el rito palmariano, en particular la misa, comparada con la católica romana antigua y moderna, con excepcional detallismo. También los altares, imaginería y un «arte sacro» que incluye las vestimentas de los oficiantes o las columnas del templo.

La tercera parte del estudio aborda la cosmología palmariana, en base a fuentes primarias y en relación con imágenes palmarianas, las cuales, remarcablemente, derivan menos de dicha cosmología que la iconografía tradicional del catolicismo

español. Si bien es cierto que el alcance del cosmos palmariano se debe en parte a la afición de Gregorio XVII (Clemente Domínguez) a «*temas relacionados à Astronomia e à Ufologia*» (p. 98), también debieron de influir las doctrinas intergalácticas –a veces muy semejantes– del papa alternativo francés Michel Collin (1905-1974). Se presta atención a las devociones propias de la iglesia (que entrañan una redefinición de personajes como la Virgen María o Francisco Franco) y se cierra el relato histórico con los pontificados más recientes.

Câmara traza la creación de una comunidad de creyentes mediante la creación de un espacio y una cultura de imágenes, tratando de cronologizar en lo posible este aspecto hasta ahora apenas cronologizado. Encontramos un espacio sagrado inicialmente fragmentado, heterogéneo, que brota del lentisco donde se apareció la Virgen (p. 17). Se describe un círculo creciente partiendo de un «*centro verticalmente e horizontalmente recortado por hierofanias*» (p. 49): primero el lentisco, que pronto desaparece deshecho en reliquias, luego un altar en derredor suyo, después un recinto cubierto por una lona, a continuación una incipiente basílica, que amplía drásticamente el espacio sagrado, aglutinando «*todos os fragmentos das espacialidades religiosas que a inspiraram*» (p. 66). El rito reformado de la misa palmariana servirá de combustible para una ecúmene paralela, una red global de transmisión espiritual que parte de la basílica de El Palmar de Troya (p. 82). La basílica, centro de centros fundado por una Orden clementina que es, a su vez, «*a soma de todas as antigas congregações religiosas existentes na Igreja Católica*» (31).

A lo largo de los años setenta, este núcleo sacralizado se relaciona con el espacio circundante mediante un énfasis en las devociones, santoral y advocaciones marianas locales, «*às raízes devocionais espanholas da localidade onde surgiu*» (p. 61). (Locales en un sentido amplio, que llegaba por lo menos hasta las poblaciones vecinas de Sevilla o Dos Hermanas.) Las nuevas geografías internacionales de fieles se verán reflejadas en el santoral y el devocionario de la futura Iglesia palmariana, un diluvio de canonizaciones «*como numa fabricação em série*» (p. 11), cuyas conexiones reflejan una «*sacralização da história*».

Las apocalíptica palmariana presagia la fundación de un Imperio Judeo-hispano Palmariano global, que se concibe en términos de conquista geográfica, e incluye la «recuperación» de las Américas bajo la corona papal o la conversión de Rusia e Israel. Continuando esta línea de reflexión, podríamos plantearnos hasta qué punto este Imperio apocalíptico implicaría una dramática ampliación del círculo de sacralidad que Câmara remonta al primitivo lentisco. En otros casos, más que de extender, hablaríamos de extrapolar: conforme se desarrolle una cosmología genuinamente palmariana, que incluye planetas beatíficos e infernales, se construye «*uma espacialidade que extrapolou os limites da territorialidade terrestre, partindo para outros mundos*» (p. 96). La multiplicación de planetas y dimensiones no descarta el clásico geocentrismo espiritual cristiano: la tierra es el «*lugar central no cosmos, pois é nela onde está a Igreja Palmariana e de onde partiram essas doutrinas*» (p. 97).

El pueblo de El Palmar de Troya ocuparía, pues, la posición central que ocupara Jerusalén en las cosmografías europeas medievales, con la diferencia de que sus sagrados tentáculos alcanzarían mundos extraterrestres. Dicha centralidad se ve reforzada por la retórica de las últimas décadas, que ensalza a la localidad sevillana como un «desierto místico», reducto de la fe verdadera en los tiempos últimos: aunque a ras de suelo no todo El Palmar de Troya sea igualmente santo, a nivel cósmico e histórico (y retórico) sobran esas distinciones y la santidad se comprime en un topó-

nimo. Apunta Câmara que la reclusión cósmica en una basílica de un pueblo sevillano resulta en un curioso contraste entre la expansión del espacio sagrado «*por meio de sua dimensão física e de suas práticas ritualísticas*» y el aislamiento físico y cultural del palmariano promedio, «*cada vez mais mergulhado em um mundo distinto do real*» (p. 126). Crece el palmarianismo en el cosmos, pero se reduce sobre la faz de la Tierra.

Un punto que permanece ambiguo en la mayoría de estudios sobre la Iglesia palmariana es si esta se conceptualizaría mejor como nueva religión o como la continuidad de otra. Esta distinción nos parece crucial para el estudio del palmarianismo, que ha de cuidarse de caer en posiciones polémicamente cargadas, formuladas en parte por sus críticos católicos romanos, pero repetidas acríticamente por la casi totalidad de la literatura española sobre los palmarianos desde los años setenta hasta nuestros días. Câmara es meridianamente claro en lo que respecta a la misa palmariana, «*uma invenção moderna, igualmente àquele elaborado pela Igreja Católica*» (p. 69) a mediados del siglo XX, con «*uma linha de raciocínio diferente*» a la tradicional (p. 56), pero muchas semejanzas con el rito católico antiguo (p. 11; 76). Ahora bien, ¿dónde situar la Iglesia palmariana en su conjunto?

No se puede subestimar la influencia de la tradición en los palmarianos: en su ritual, en su concepción totalizadora de la religión, en su fiero anticomunismo (p. 50), en su exhibición de símbolos tradicionales en desuso (pp. 51-52), la Iglesia palmariana presenta fuertes continuidades con formas del catolicismo romano quizá hoy menos fotogénicas. Por otro lado, como subraya el autor, produce un santoral inusitado y unas escrituras que difieren literal y conceptualmente de la Biblia estándar «*utilizada pelo Catolicismo Romano e pela maioria das Igrejas protestantes surgidas depois da Reforma*» (89).

En un sentido, los palmarianos «*fabricaram sua própria versão do Cristianismo*» (p. 9), aunque existe una fuerte conexión en muchos elementos, no sólo «*estéticos*» (p. 56). Quizá, más que una «diferencia» palmariana, se podría concebir una divergencia histórica en la que ambos, romanos y palmarianos, se separan, cada uno por su lado, de un tronco común donde ambos comulgaban con el otro (la Iglesia romana preconiliar); tronco que existe hoy sólo en sus respectivas ramificaciones.

Aún más problemática es la cuestión de *quién* creó esta Iglesia. ¿Es una religión «*criada por Clemente Domínguez*», con sólo «*uma 'roupagem' tradicionalista*» (p. 69), como afirma este autor? Ya en el campo humano la responsabilidad se encuentra dividida, pues otros prefieren atribuirla a las maquinaciones de su íntimo colaborador, Manuel Alonso Corral. Y, desde una perspectiva doctrinal, la creación no es humana. En la página 62 leemos que Domínguez, «*com a intenção de conectar a história das conquistas militares dos antigos Reinos de Castela e Leão com seu desejo de ser imperador e dono do mundo, enfatizou essa questão nas narrativas político-religiosas*». No obstante, si lo tomamos literalmente, en tales ocasiones no se trataba del deseo, la intención, las narrativas de Clemente Domínguez, sino de directrices provenientes de seres celestiales, y en más de una ocasión confesaba el pontífice que le venía grande lo que la Providencia había dispuesto para él. ¿Hasta qué punto una Iglesia cimentada sobre mensajes celestiales tiene un fundador humano; hasta qué punto ha existido alguna vez un papa «autoproclamado»? Esta concentración psicológica de la responsabilidad influye también en la forma en la que entendemos los mensajes recibidos por Domínguez. Câmara asegura que «*fatores e interesses pessoais se somaram às narrativas místico-religiosas*» de la Iglesia palmariana (p. 31),

delatando en el visionario «*uma forte relação entre desejo e poder*» (p. 47). ¿Es la mística un campo libre de interés, con valencia neutra, cuya contaminación ideológica vendría del exterior? ¿No incluye en lo que tiene de psicológico y contextual, en su encarnación en actores históricos, un *interés* personal? La imagen de una religión «*sempre atravessada por questões políticas*» (p. 109) sería también aplicable a la historia del catolicismo en España, legitimado por un proyecto místico-político como es la Reconquista, y que a día de hoy tiene a advocaciones marianas a la cabeza de las Fuerzas Armadas.

Creemos que la construcción de la doctrina palmariana se sitúa en la enigmática tierra de nadie entre lo alevoso y lo inconsciente, entre el activismo y el quietismo. Lo consciente y lo ignorado, la mística y la política, la beatitud y la malicia se combinan en la fundación de la Iglesia palmariana de un modo bastante inextricable. Dicha inextricabilidad puede desalentar al curioso. El mérito de *O Vaticano do deserto* es que es uno de los primeros libros en *pensar* El Palmar de Troya, en lugar de presentarlo como una tira cómica, una colección de chismes o una exposición de hechos que hablarían «por sí mismos» (mal de sus protagonistas, generalmente). Presupone que bajo la teología, el arte y la liturgia hay estructuras conceptuales que se pueden extraer, y hace su particular apuesta. En semejante esfuerzo de comprensión de esta religión —que lo es también de la psique humana y sus más extremos vericuetos— estamos inmersos muchos otros, que le agradecemos que suba el nivel para todos.

Óscar Carrera